



Queridas hermanas:

Se ha escrito que «agosto huele a Paraíso». Percibimos este aroma también entre nosotras... porque hoy, 31 de agosto, a las 11:40 a.m. (hora local), el Señor de nuevo no ha visitado en la en la enfermería de la comunidad de Alba, llamando a su lado, a nuestra hermana

SAURO MARÍA BRUNA HNA. MARÍA BERNARDA
nacida en Povegliano (Verona) el 19 de enero de 1934

Hermana mayor de Hna. M. Emanuela, fallecida en 1998, nació en una familia numerosa de Véneto profundamente religiosa, en un entorno parroquial lleno de fe y vocaciones.

Entró en congregación en la casa de Alba el 15 de marzo de 1952. Dos años después fue trasladada a Roma para realizar el noviciado, que concluyó con la primera profesión el 19 de marzo de 1955. Durante el período de los votos temporales, fue incorporada a la comunidad de Venecia para dedicarse a la misión itinerante en familias, colegios e institutos. Y tras la profesión perpetua, que hizo en Roma el 19 de marzo de 1961, comenzó su larga trayectoria como librerista en las casas de Novara, Sondrio, Turín, Rímini, Arezzo, Cremona, Treviso, Ferrara, Pavía y Alessandria. Más de treinta y cinco años consecutivos dedicados a los distintos centros apostólicos, a los que aportó su dinamismo y exuberancia, su amor por el pueblo y su deseo de comunicar el Evangelio al mayor número posible de personas. Su rostro sonriente, su sencillez y su creatividad favorecían la comunión fraterna y la apertura misionera.

La hermana M. Bernarda intentaba superar con fe también las dificultades que le planteaba un hermano gravemente enfermo que a menudo requería sus cuidados y atenciones. Así, en varias ocasiones, en 1979, en 1995, en 2012 y en 2016, tuvo que abandonar la comunidad solicitando ausencias prolongadas por motivos familiares. Estas peticiones eran siempre para ella motivo de sufrimiento y ofrenda al Señor; eran, en cierto modo, su martirio de la caridad.

Desde hacía más de treinta años formaba parte de la gran comunidad de la Casa Madre, donde prestaba un servicio preciso, puntual y sereno en la portería. Este puesto se había convertido en el lugar de su ofrenda diaria, del servicio a la comunidad y a la congregación, de la acogida a quienes visitaban aquella casa por los motivos más diversos. A todos los acogía con sencillez y generosidad de corazón. Y le encantaba recordar los años que había pasado en contacto directo con el pueblo de Dios, dando gracias por las numerosas bendiciones recibidas. Recordaba con asombro y gratitud la presencia silenciosa con la que el Señor había guiado su vida. Y, en particular, narraba con gran viveza los distintos momentos en los que el *hombre de gris*, había acudido en su ayuda, esa presencia tan concreta de cercanía y apoyo que habían experimentado tantas hermanas de la primera hora.

Hace unos diez años tuvo que dejar su querido puesto en la portería para retirarse a la enfermería. No padecía ninguna enfermedad en concreto, pero, a medida que avanzaba en edad, la demencia senil iba progresando y caminar le resultaba cada vez más difícil, lo que la obligaba a desplazarse en silla de ruedas.

La visita del Señor llegó en paz, casi inesperada, aunque la hermana M. Bernarda ya no hablaba y llevaba unas dos semanas sin poder deglutir. Había llegado para ella el momento del encuentro más fecundo, de la consumación de aquella ofrenda que siempre había renovado. En 2015 había escrito a la superiora general: «Con una mayor conciencia del don recibido, quiero entonar mi Magnificat al Señor, renovando la ofrenda de mi vida, porque sé en quién he creído... Aquí estoy, oh Dios, vuelvo de nuevo para cumplir tu voluntad».

Junto con la Hna. M. Bernarda, expresamos nuestra alabanza y nuestro agradecimiento, porque el Señor ha hecho grandes cosas en su humildad, y santo es su nombre. Con afecto.

Roma, 31 de agosto de 2026


Hna. Anna Maria Parenzan